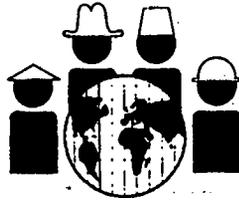


Demetrio Boersner



La Hora Internacional

El día 16 de enero de 1991, el conflicto del Golfo Pérsico se convirtió en guerra abierta. Estados Unidos, coaligada con otros países, lanzó una fuerte ofensiva aérea contra Irak con miras a expulsar sus fuerzas de Kuwait y a liquidar su poderío amenazante. Pasado un mes, parte del potencial militar iraquí había sido destruido, pero Saddam Hussein se mantuvo firme, en tanto que aparecían fisuras en la vasta coalición de países que inicialmente respaldaron la política dura del gobierno del presidente Bush. Se espera el desencadenamiento de la segunda fase de las operaciones norteamericanas —la ofensiva terrestre—, a la vez que surgen nuevas iniciativas de paz y que la URSS (entidad todavía importante) da señales de acordarse de su interés propio y de distanciarse parcialmente de la potencia norteamericana.

El momento parece oportuno para efectuar un somero análisis general del conflicto, ubicándolo dentro del contexto internacional global.

RUPTURA DEL EQUILIBRIO BIPOLAR Y DEBILITAMIENTO DEL TERCER MUNDO

Durante un cuarto de siglo (1945-1970) existió una estructura internacional más o menos sólida, basada en el equilibrio de dos polos de poder constituidos, cada uno de ellos, por una superpotencia rodeada de aliados y satélites. El equilibrio del terror termonuclear impedía la guerra entre los dos grandes, cuyos enfrentamientos hostiles se efectuaban en la periferia tercermundista, lejos de las álgidas zonas centrales.

El poder del bloque occidental o capitalista se basaba en una economía en expansión: durante un cuarto de siglo, la explosión demográfica, la ampliación mundial de la demanda, la incorporación de la mujer al trabajo productor, las nuevas tecnologías, la reconstrucción de posguerra y el reto armamentista, junto con la sagaz aplicación del dirigismo keynesiano, mantuvieron la economía en un ritmo de crecimiento apenas inte-

rrumpido por desaceleraciones breves y leves. El bloque oriental, inicialmente autárquico, conoció su crecimiento socialista propio, y luego fue abriéndose paulatinamente a una creciente participación en la economía global.

Pero la base material del equilibrio bipolar estable comenzó a resquebrajarse durante la década de los años setenta. Comenzó el agotamiento de un modelo basado en industrias pesadas tales como la automotriz. La galopante automatización de la producción dejaba cesantes a grandes contingentes de trabajadores. Estados Unidos dejó de desempeñar con éxito su papel de potencia económica dirigente: su creciente déficit interno y exterior condujo al debilitamiento de su signo monetario y en 1971 hubo que abandonar la paridad fija del dólar con el oro, perdiendo la economía internacional su valor de referencia. Desde allí en adelante, la creciente desaceleración global de la producción económica estuvo acompañada de una marcada tendencia inflacionaria, agravada por el gasto deficitario norteamericano y los sucesivos "shocks" petroleros de 1974 y 1979.

Junto con el malestar económico, surgieron actitudes políticas y culturales reaccionarias. Una mayor sensación de inseguridad material alentó en los hombres los impulsos egoístas y antisolidarios. Ello se agravaría después de 1980, cuando comenzó la verdadera recesión económica, con incrementos del desempleo y de las quiebras. Los extranjeros, sobre todo de países del Sur, antes bienvenidos como mano de obra codiciada, ahora llegaron a ser víctimas de xenofobia y de racismo. El egoísmo de las clases pudientes —junto con la desorientación política de las desamparadas— se expresó en un tremendo auge mundial del neoliberalismo, según el cual la salvación de la economía estriba en reducir los gastos sociales y los impuestos sobre la renta y en otorgar poderes extraordinarios a una "libre empresa" oligopólica.

Esos países del bloque oriental o socialista autoritario sufrieron, al igual que los de Occidente, los efectos de esa

evolución negativa de la economía internacional. El alza de los precios de los productos occidentales incrementó los costos del desarrollo social y contribuyó a paralizarlo. Otros factores anti-desarrollo del Oriente se derivaban de las propias contradicciones internas del socialismo autoritario. El crudo centralismo tipo post-estalinista había sido eficaz en las etapas básicas del desarrollo oriental, pero no se adecuaba a las exigencias de una fase científico-tecnológica más avanzada. Para no quedar condenada al estancamiento y a un desesperante atraso con respecto al Occidente, la economía del bloque soviético tenía que someterse a grandes transformaciones liberalizantes.

Por ello, a partir de 1985, un equipo gobernante reformista, presidido por M. Gorbachov, desencadenó en la URSS un vasto proceso de democratización y de desmantelamiento de las rígidas estructuras burocráticas. Su propósito era el de transformar el socialismo autoritario en socialismo democrático basado en una economía mixta, flexible y dinámica. Pero Gorbachov perdió el control del proceso cuando antepuso la democratización política a la reforma económica, en lugar de aflojar las riendas del poder con lentitud y prudencia mientras se reestructuraba la base material. El relajamiento demasiado brusco de la autoridad condujo al surgimiento de las corrientes sociales e ideológicas más dispares, en parte volcadas hacia la restauración de estructuras pertenecientes al pasado histórico. Sobre todo afloraron poderosamente los nacionalismos separatistas: no sólo de los Estados independientes otrora sometidos a la hegemonía soviética dentro del Tratado de Varsovia y el CAME, sino también de las nacionalidades y etnias integradas a la propia URSS. El resultado global de ese proceso, en términos políticos internacionales, fue la autodisolución del bloque oriental y el colapso del equilibrio bipolar que, durante cuarenta años, había permitido a la humanidad —no obstante sufrimientos y conflictos— realizar progresos certeros a todos los niveles. Con ese colapso, el mundo entraba en una fase de desconcierto.

Desconcierto particularmente grave en el caso de los países del Sur o del tercer mundo, que había logrado ascender del colonialismo a la libertad política, y luego hacia una gradual suavización de la dependencia económica neocolonial y un mayor control real de su destino, aprovechándose justamente de la división bipolar existente entre los países industrializados o poderosos. El término mismo de "Tercer Mundo" (hoy

sustituido por la denominación "Sur"), indica hasta qué punto el grupo de países emergentes y "no blancos", congregados en Bandung y luego en el Movimiento No Alineado, basaban su estrategia en la sagaz manipulación diplomática de la rivalidad entre el "primer mundo" y el "segundo".

Como lo señaló acertadamente el desaparecido y recordado José Agustín Silva Michelena, el bloque soviético con todas sus imperfecciones tiránicas internas tuvo, hacia afuera o en relación con el tercer mundo, un constante efecto "tendencialmente socialista". Su influencia ideológica y política alentaba en los países del Sur la búsqueda y la aplicación de estrategias socioeconómicas dirigistas, que a veces no pasaban del mero keynesianismo o de las recetas de Prebisch, y que otros casos se tornaban más radicales y marxistas, pero que en todo su efecto global permitían a las naciones del Sur asumir un creciente grado de control autónomo sobre sus economías y sus procesos de toma de decisiones.

La década de los años ochenta fue nefasta para los países del Sur. A partir de 1980, la recesión económica mundial combinada con la política dura de gobernantes conservadores o neoliberales de las potencias del Norte resultó en la reneocolonización del tercer mundo. El cobro compulsivo de préstamos otorgados a los países subdesarrollados durante la década anterior —cuando convenía reciclar petrodólares inflacionarios—, la negación de dinero fresco y la drástica reducción de importaciones de productos del Sur se sumaron para golpear a éste en forma terrible y reducirlo a una nueva dependencia humillante. El triunfante neoliberalismo de los centros de poder quería vengarse de los rebeldes vencidos y a la reconquista del control sobre las economías periféricas agregaba las más diversas y duras presiones políticas. Exigía a los gobernantes del tercer mundo la abjuración de sus anteriores ideas keynesianas o socializantes y la solemne adopción del culto a la "privatización".

Ese proceso de re-neocolonización fue facilitado grandemente por la autodisolución del poder soviético o socialista autoritario. Había desaparecido uno de los dos polos del sistema internacional acostumbrado, y ya el tercer mundo no podía apelar a una superpotencia capitalista: aquella se había esfumado en delirios de perestroika.

Dentro de este cuadro global de desequilibrio internacional y de derrota y división del tercer mundo, hay que ubicar la violenta aventura del presidente

Saddam Hussein y el contragolpe igualmente violento del imperio occidental.

LUCHA POR EL PETROLEO Y PUGNA NORTE-SUR

Emanado del pueblo árabe y de su gran Profeta, el Islam se extendió por vastas regiones de Asia y de Africa y se convirtió en una de las mayores fuerzas no sólo religiosas sino también políticas y sociales del mundo. Aparte de ser una gran religión monoteísta con elevado mensaje ético y de confraternidad humana, el Islam quiere establecer su reino en este mundo: para el Islam, Dios no concede lo suyo a César, sino exige que César se le someta totalmente.

Pese a ese carácter totalizante en principio, el Islam jamás ha logrado unificar por completo a sus creyentes. Es posible que el Profeta haya insistido tanto en la unidad absoluta —hasta arremeter con furia contra el trinitarismo de sus aliados cristianos de Bizancio— porque, en su calidad de gran líder político, intuía el profundo y casi incurable fraccionalismo e individualismo de su pueblo, unido por la cultura pero dividido social y políticamente en miles de clanes patriarcales, orgullosos y siempre dispuestos a blandir la cimitarra por cuestiones de honor o de interés.

La supervivencia de estructuras patriarco-feudales, junto con la labor disolvente del imperialismo colonial, hicieron que el pueblo árabe —la "nación" en potencia— quede dividido hasta hoy en Estados múltiples y conflictivos. Pero la dinámica del mundo que lo rodea, así como el desafío del subdesarrollo y de la dependencia, lo impulsan a buscar su unificación nacional.

Esa unificación sólo podría realizarse con base en la modernización socioeconómica: es imposible mientras junto con Estados árabes relativamente modernizados subsistan jecados y emiratos apenas salidos de su Edad Media. Por ello, el nacionalismo árabe tiene un fuerte ingrediente de rebelión o transformación social. Por lo general, apela al "socialismo" (es decir, un pronunciado dirigismo económico estatal) como medio para acelerar la modernización y crear la infraestructura para la unidad nacional.

En vista de que el mundo árabe carece de sectores empresariales resueltamente modernizadores (la burguesía árabe tiende hacia el negocio fácil y la subordinación al capital extranjero), hasta ahora la dirección de la revolución nacional y social ha estado en manos de grupos cívico-militares de vanguardia, formados por personas emanadas de las

fuerzas armadas y de la intelectualidad pequeño-burguesa.

El gran líder egipcio Gamal Abdel Nasser fue, durante los años cincuenta y sesenta, el más notable dirigente del movimiento de unificación nacional y de transformación social modernizadora en el mundo árabe. Parecía llamado a ser para los árabes lo que Bismarck fue para los alemanes en la segunda mitad del siglo pasado.

Saddam Hussein, presidente de Irak, es hoy la personalidad que con mayor ansia de poder y de prestigio aspira a reanudar y completar la obra iniciada por Nasser. Quiso asumir una misión histórica que algún día tendrá que ser cumplida exitosamente.

Pero lamentablemente Saddam Hussein no es Abdel Nasser. Su personalidad y sus métodos están en un nivel moral más bajo que los del gran dirigente egipcio. Su actuación ha sido cruel y sanguinaria hacia su propio pueblo y otros. Subió al poder esgrimiendo las banderas del partido Baaz (agrupación de doctrina nacionalista, socialista y democrática, fundada por el sirio cristiano Michel Aflaq), pero luego transformó al partido en mera guardia pretoriana al servicio de su caudillismo personal.

Dentro de la situación global de los años 1985-1990 —autodisolución soviética, ofensiva occidental neoliberal, debilidad y división creciente del Sur—, la OPEP había ido abandonando cada vez más su rol protagónico en la defensa de los recursos e intereses globales del tercer mundo. Los Estados patriarco-feudales miembros de la OPEP —y sobre todo Kuwait— se guiaban por consideraciones de interés egoísta inmediato, alejándose de la disciplina de la organización. El petróleo bajaba de precio y con ello se hacía cada vez más precaria la situación de Irak, golpeado por su guerra de ocho años contra Irán y además endeudado. Y era precisamente Kuwait, miembro díscolo de la OPEP, responsables en gran medida del deterioro de los precios, la que apremiaba a Irak para que saldase sin demora su deuda.

A la indignación de Saddam contra Kuwait, a su deseo de apoderarse del petróleo Kuwaití y de ganar una salida segura al Golfo, y a su ambición mesiánica de convertirse en el Bismarck árabe, se le agregó otro factor adicional:

Durante ocho años, Irak había sido objeto de los elogios, la ayuda y la gratitud del mundo occidental y del mundo musulmán moderado, por enfrentarse militarmente a la potencia fundamentalista irania que, realmente, en los primeros años del ayatola Jomeini, amenazaba al mundo con una cruzada fanática.

ca, antimodernista y antirracionalista. En vísperas del 21 de agosto de 1990, Saddam Hussein estaba consciente de ese hecho y estimaba que el Occidente le debía una gratitud aún mayor. Por lo demás, la embajadora norteamericana le había dicho, en conversación informal, que Estados Unidos no tenía intenciones de intervenir en la disputa entre Bagdad y Kuwait.

Pero es probable que Saddam no hubiera tomado la temeraria iniciativa de invadir a Kuwait y proclamar su aneación, si no fuese por la ausencia de la Unión Soviética. Desde los tiempos de Pedro el Grande hasta 1985, el imperio Ruso y su Estado sucesor, la URSS) en todo momento había estado presente y pendiente de todo lo que sucedía en la cercanía de sus fronteras meridionales, en ese Cercano y medio Oriente que siempre había considerado como una de sus más vitales zonas de interés y de seguridad. Si antes de 1990 no sucedió ningún hecho similar a la violación de Kuwait por Irak, era en buena parte porque Moscú, mantenedora del equilibrio mundial, aconsejaba a sus amigos en el mundo árabe y musulmán que actuasen con prudencia y realismo, sin traspasar los límites de tolerancia del Occidente ni correr el riesgo de provocar una conflagración incontrolable. Pero Moscú no estaba presente para aconsejar a Saddam en agosto de 1990: Gorbachov se encontraba absorto y arrollado por los problemas internos de su país.

Tampoco Estados Unidos hubiera logrado su carta blanca del Consejo de Seguridad, ni hubiera podido formar la gran coalición militar y política anti-iraquí, si no fuese por la inhibición soviética. ¡Repentinamente, Moscú parecía abrir las puertas para que el imperio occidental penetrase y extendiese su influencia hasta las propias fronteras rusas, donde jamás ningún otro zar ni comisario había tolerado injerencias! Estados Unidos no podía despreciar tal oportunidad. Aprovechándose de la debilidad, pasajera o definitiva, de la URSS, el presidente Bush y sus asesores parecen haber actuado como lo hicieron, por los siguientes motivos:

- Asegurarse del control firme sobre el 50% del petróleo del mundo y, con ello, golpear decisivamente a la O-PEP y doblegar al sector aún insumiso del tercer mundo.
- Ampliar y reafirmar su poder no sólo frente al tercer mundo y la URSS, sino también ante sus rivales dentro del mundo capitalista democrático: CE y Japón.
- Castigar a un temerario transgresor de la Carta de las Naciones Unidas y

hacer respetar la autoridad del Consejo de Seguridad. (Esta fue la motivación oficial).

SADDAM NO ES HITLER. EL SUR NECESITA FRENAR LA GUERRA

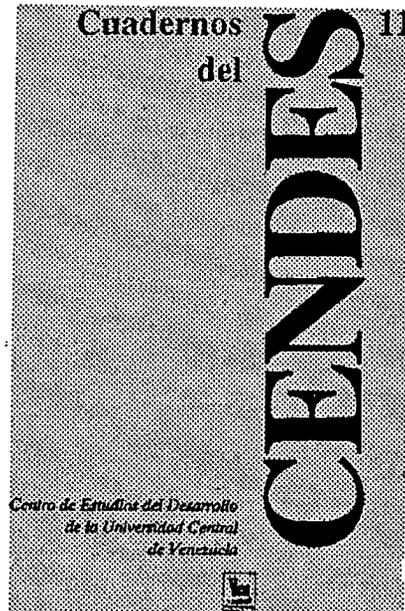
En Europa occidental, las personalidades de pensamiento social progresista están divididas con respecto al rol de Saddam Hussein y de sus enemigos. El escritor alemán Hans Magnus Enzensberger —izquierdista iconoclasta, hasta ahora amigo del tercer mundo, admirador de Fidel Castro, etc.— sorprendentemente defendió la tesis de que Saddam es idéntico a Hitler y que representa para el mundo una "amenaza absoluta". Por ello, Enzensberger, en este caso, apoya la acción de Estados Unidos.

En seguida rebatió estos argumentos el grande y veterano líder de la Socialdemocracia alemana e internacional, Willy Brandt. Discrepando de Enzensberger, el señor Brandt dijo con evidente razón, que "no se deben establecer analogías entre situaciones históricas y culturales muy distintas". Hitler fue el gobernante agresivo y asesino de una gran potencia industrializada y blanca, empeñado en derrotar a sus rivales imperialistas, en destruir el socialismo y en esclavizar o exterminar a los pueblos morenos. En cambio Saddam, pese a su crueldad y

sus excesos, y no obstante el estimable poderío militar de que dispone, sigue siendo el dirigente de un país subdesarrollado con intereses e impulsos fundamentalmente anticoloniales.

El Sur, en reciente coincidencia de pueblos y dirigentes, y en alianza con los sectores humanistas y socialmente progresistas de los países del Norte, ha comenzado a luchar por la paz en el Golfo. Exige que Saddam retire sus tropas de Kuwait, y también exige que cese el avance militar norteamericano y se retiren del Medio Oriente las fuerzas occidentales. Aboga por una paz sin represalias, manteniéndose la integridad de Irak y de su régimen. Propugna un vasto intento diplomático multilateral por hallar solución a todos los problemas conflictivos de la región mesoriental.

Decisiva para el éxito de estos esfuerzos del Sur y de los progresistas norteros, será la acción del gobierno de Moscú. Bajo la presión de los militares soviéticos, el señor Gorbachov se ha acordado de que no todo es perestroika, sino que en las fronteras meridionales existen urgentes problemas geopolíticos, de defensa, seguridad y reafirmación de intereses históricos. El retorno de la URSS al escenario del Medio Oriente puede ser la clave de una solución política para esa región, y del restablecimiento de un equilibrio saludable en las relaciones internacionales.



DISTRIBUYE EN VENEZUELA:
Vadell hermanos
Telf 5725243 5723108

CONTENIDO

- Editorial
Reconversión industrial y reindustrialización en Venezuela
Victor Álvarez
- La vivienda popular en los planes urbanos de Venezuela
John Foley y Ellsenda Vila
- Primeros brotes del "paquete económico"
Max H. Nolf
- Movimientos reivindicatorios urbanos y políticas públicas en Brasil
Pedro Jacobi
- Entre la ausencia y el acoso: vida cotidiana y Estado en Chile
José Weinstein
- Lo biológico y lo sociológico en la visión ecologista de lo urbano
José Luis Lezama
- Estado e intervención: estatal como clase?
Marlon Hormann
- Testimonio oral y reconstrucción histórica
Nelson Prato Barbosa
- La reorganización económica de los Estados Unidos: el colapso de la dicotomía centro-periferia y la nueva posición de los trabajadores
Alessandro Bonanno
- Nacionalismo, descolonización y panafricanismo en África
David González López
- Reseña bibliográfica